

LORENA HUGHES

LA REINA
DEL VALLE

Libros de
seda

*En recuerdo de Isa y Magdalena Abedrabbo,
que cruzaron mares y océanos en busca de una vida mejor.*

CAPÍTULO 1

Lucas

Hacienda La Reina
Valle del Cauca, Colombia
7 de marzo de 1925

La noche en que desapareció Martín Sabater había empezado de manera muy prometedora.

Mesas cubiertas con mantelerías de damasco (bordados por las mojigatas «Damas del buen vivir»), centros de mesa llenos de claveles y orquídeas color púrpura, porcelana traída de Cali y suficiente aguardiente y ron como para abastecer a un batallón.

Una banda de músicos interpretaba *bambucos*¹ en un patio rebozante de invitados estratégicamente posicionados alrededor de una fuente de tres pisos. Un grupo de mujeres descalzas, de cabello oscuro y vestidas con faldas voluminosas, movían las caderas al ritmo de las guitarras mientras los hombres las observaban boquiabiertos al tiempo que sus emperifolladas esposas les asestaban codazos cada pocos minutos. A pesar de los vestidos de seda y *georgette*, los elegantes peinados y las perlas que lucían en el escote, eran las humildes bailarinas las que captaban la atención de los caballeros.

El «espectáculo» había sido idea de Martín. Era él el que encontraba fascinantes nuestros bailes tradicionales. Le habíamos sugerido que era mejor contratar un cuarteto de cuerda o a una cantante de ópera, pero él había insistido en que ese tipo de danza era una forma de arte; caprichos de extranjero, supongo.

1. N. de la Trad.: Género musical tradicional y autóctono de Colombia, específicamente de la región de los andes colombianos. Se caracteriza por su ritmo binario y su melodía suave y melancólica.

La planificación y ejecución de la gala que tenía como objetivo salvar nuestro antiguo y amado internado había llevado meses. Desde seleccionar cuidadosamente la lista de hacendados, acaudalados caleños y antiguos estudiantes que podían contribuir con dinero y/o artículos para que se subastaran en favor de la causa, hasta el sacrificio y posterior asado de cinco lechones y un ternero que debían alimentar a cerca de cien comensales hambrientos. Y no menos laborioso había sido ocuparse del hospedaje, el transporte y la contratación de doce camareros y cuatro chefs para que ayudaran a Lula —la cocinera oficial de la hacienda— con los platos principales y las guarniciones.

Incluso disponían de un fotógrafo profesional: yo.

Mi única y exclusiva contribución a la noble causa.

Los dos organizadores y anfitriones de la velada, el doctor Farid Mansur *el Turco* y Martín Sabater —el propietario de la hacienda—, habían desempolvado las solapas de sus esmóquines negros y abrigado sus zapatos de charol para pasarse la noche encandilando a todas las mujeres de la región. O, en cualquier caso, a la mayor parte.

Al menos esa fue la impresión que dieron.

Al fin y al cabo, las apariencias importan. En este mundo —en un mundo como el nuestro— la impresión lo era todo, aunque esta no fuera acertada o fiable. Y la impresión que queríamos dar era que éramos unos amigos de toda la vida haciendo todo lo que estuviera en nuestras manos para recaudar suficiente dinero para costear las becas de estudio y las reparaciones de la escuela.

De manera que allí estábamos, juntos después de tantos años: el doctor, el terrateniente, el fotógrafo y la monja. Hacía mucho tiempo que no coincidíamos todos bajo el mismo techo, y tal vez, solo tal vez, hubiera sido mejor que nuestros caminos no se hubieran vuelto a cruzar.

Por supuesto, nos esforzamos mucho en fingir normalidad, aunque no pude dejar de advertir las miradas feroces que Farid lanzaba a Martín de vez en cuando, ni la manera en que fruncía ese ceño de oriente medio que tenía cada vez que Martín se reía con alguno de sus invitados.

Y luego estaba Camila, con ese hábito fantasmal de las siervas de Jesús. Los rigores de su opción de vida se reflejaban en su rostro. Estaba más pálida que nunca, como si hiciera meses que no veía la luz del sol, y la cara se le había afinado. Y aun así, el tiempo había sido benévolo con ella. A sus treinta y dos años, era más hermosa de lo que había sido a los diecisiete. Tenía los pómulos altos y una mirada más sabia. Era una pena que una mujer tan bella e inteligente hubiera consagrado su vida a la oración, al ayuno y a la penitencia. Tampoco me pasó inadvertida la manera en que evitó a Martín. Se esforzó tanto en hacer como que no lo veía que provocó el efecto opuesto.

Pero yo no tuve que fingir. Podía esconderme detrás de mi Kodak Folding Brownie automática y nadie lo ponía en cuestión. Era invisible. Solo notaban mi presencia —durante unos pocos segundos— cuando se encendía el *flash* que sujetaba en la mano.

No me importaba que no me vieran, y tampoco cómo podían percibirme; a mí, el menos exitoso del grupo. Tenía mis propios motivos para estar allí. Y no tenían nada que ver con salvar un colegio de la bancarrota. Ni tampoco me encontraba en aquel lugar para alternar con la gente o para reunirme con viejos amigos.

Quería información.

Y la persona que podía proporcionármela ya estaba allí. De hecho, acababa de hacerle una fotografía.

Se llamaba Iván Contreras y, hasta hacía solo unos años, había sido el propietario de la hacienda. También era la única persona que conocía el paradero de mi madre.

Martín me agarró del brazo, se inclinó hacia mí y me habló en voz baja.

—He averiguado algo. Te lo diré por la mañana.

Yo asentí con la cabeza, reprimiendo el deseo de seguir indagando. Pero tenía razón, no era el momento de hablar.

Como suele suceder, el detonante de la tragedia que se cernía sobre aquella velada fue una mujer.

Era una de las amigas de Martín. Yo no la había visto nunca, y me vanagloriaba de conocer a todos los habitantes de la región.

Era una mujer de mundo; o al menos esa era una de las maneras de describirla. Otra era decir que era frágil, que recordaba a una figura de porcelana con un cuello largo y terso, y con la espalda desnuda totalmente a la vista gracias a un vestido escotado de color perla. Iba envuelta en plumas y las suaves ondas de la corta melena que lucía le cubrían la cabeza como un casco.

No llegué a saber cómo se llamaba, aunque oí cómo Martín se la presentaba a uno de sus amigos, el dueño de una mina de esmeraldas cuyo nombre era Gerardo, un pelirrojo que, por lo visto, había venido de visita desde Boyacá, pero que también tenía una casa en Cali.

El propietario de la mina era mayor que nosotros, estaba más cerca de la cuarentena que de la treintena, y lucía un espeso bigote de la misma longitud y anchura que sus cejas, que combinaba perfectamente con su pelo cobrizo. Martín pasó un buen rato hablando con él y, de vez en cuando, me guiñaba un ojo, como si quisiera recordarme que no se había olvidado de que teníamos pendiente una conversación importante.

Aquella era una de las mejores cualidades de Martín, la que hacía que la gente se sintiera atraída por él. Siempre se las arreglaba para hacerte sentir que importabas.

En ese momento alguien tropezó con mi trípode y provocó que mi cámara aterrizara en el suelo de baldosas color bermellón.

—¡Oh, Lucas! ¡Cuánto lo siento! —dijo la mujer haciendo intención de recoger la Brownie con las manos temblorosas. Era la esposa de Farid, Amira; la princesa árabe, como la llamaba yo secretamente.

Amira había sido la prometida de Farid desde la infancia y acabó casándose con mi amigo. Era una de esas mujeres que saben exactamente qué ponerse para realzar las modestas curvas de su cuerpo y cómo sacar el máximo partido de sus rasgos exóticos. La exquisita educación que había recibido en Bogotá resultaba tan evidente que era la única persona en la concurrida sala capaz de competir en refinamiento y sofisticación con la misteriosa amiga de Martín.

Pero Amira era lo más opuesto a la amiga de Martín en todos los sentidos. En lugar de tener la tez pálida, casi translúcida, de

aquella mujer que lucía plumas, o su delicada nariz, tenía la piel aceitunada, una nariz sin complejos y unos ojos de obsidiana. Llevaba un vestido ligero de chifón de color aguamarina, con incrustaciones de lentejuelas plateadas que simulaban hojas y flores.

—No —le respondí esforzándome al máximo por disimular mi enfado—. Pero...

Antes de que pudiera terminar la frase, me dio unas palmaditas en el hombro y salió disparada. ¿Estaba siguiendo a alguien?

Cuando se hubo marchado, comprobé el obturador y me pareció que funcionaba.

Mucho más tarde, reconstruiría todos los acontecimientos de la noche con aquellas fotos.

Una vez que los platos estuvieron vacíos, que la subasta hubo concluido superando todas nuestras expectativas (gracias, sin duda, al alcohol que se estuvo sirviendo generosamente durante toda la noche) y justo en el momento en que el foxtrot se encontraba en su punto álgido, la amiga de Martín se subió al escenario. Seguidamente, con sumo descaro, le arrebató el micrófono al cantante y anunció que Martín había comprado hacía poco una yegua andaluza y que debía mostrarnos su nueva adquisición.

Normalmente el discurso inconexo de una mujer ebria no habría tenido efecto alguno en una multitud tan distinguida, pero, teniendo en cuenta que la propuesta provenía de una belleza semejante, y que la mayoría de los presentes, más o menos, compartían el mismo grado de embriaguez —es decir, habían llegado a un punto en el que todo les daba igual—, dieron su visto bueno con una ovación.

Martín aceptó a regañadientes y, antes de que ninguno de los asistentes a la gala pudiera impedirselo, un grupo de seis entusiastas se había encaramado a los caballos de Sabater —él se encontraba ya a lomos de su flamante yegua— y se marcharon en plena noche a dar un paseo por la plantación de cacao, con la luna como única guía.

Martín jamás regresó.

CAPÍTULO 2

Puri

Buenaventura, Colombia

7 de junio de 1925

Tres meses después de la gala

Paco y yo conseguimos subirnos al tren en Buenaventura por muy poco. Durante la carrera desde el puerto hasta la estación de ferrocarril apenas tuve tiempo de echarle un vistazo a la ciudad a través de la ventanilla del carruaje. La única conclusión que había logrado extraer era que el puerto de Buenaventura era igual de malo-liente y caótico que el de Guayaquil, del que proveníamos.

Un penacho de humo plateado se acumulaba en la parte delantera del Ferrocarril del Pacífico, provocando que rompiéramos a toser mientras aguardábamos en una desordenada cola. El interior del tren estaba tan abarrotado que tuvimos que abrirnos paso a empujones entre pasajeros y montones de equipaje para llegar a nuestro vagón.

Nuestro compartimento era minúsculo, con dos asientos de cuero color ocre enfrentados y una monja sentada en uno de ellos con las manos en el regazo. La saludé inhalando el olor a madera encerada y al ambiente recargado del interior. Sin apenas esfuerzo, mi joven asistente colocó mi baúl en la parte trasera del vagón. ¿Cómo había podido vivir tantos años sin Paco? Había sido mi salvación. Con esos brazos largos que tenía y esa estilizada figura era capaz de llegar a cualquier sitio de manera rápida y eficiente. Era una presencia tranquilizadora en mi vida, y había resultado más reflexivo de lo que me había parecido en un principio. Siempre se reservaba sus opiniones sobre los demás, excepto cuando llegaba el momento de prevenirme sobre las malas

intenciones de alguien. No dejaba de sorprenderme cómo era posible que alguien tan joven, tal y como ponía de manifiesto la tersura de su piel bronceada —la envidia de cualquier mujer—, pudiera ser tan sabio.

—Gracias, mi alma —le dije.

—A sus órdenes, doña Puri —respondió él.

La monja iba vestida de blanco de arriba abajo, desde la túnica hasta la larga cofia pasando por el escapulario. El único ornamento que lucía era una insignia redonda de plata sobre el escapulario. Poseía esa cualidad indefinible de algunas monjas que hace que parezca que no envejecen nunca. Tenía la tez inmaculada y las mejillas sonrosadas, pero debía de andar por la mitad de la cuarentena, a juzgar por los profundos surcos que le enmarcaban la boca y las arrugas que tenía a ambos lados de los ojos. Y, aun así, tenía un cutis resplandeciente. Tal vez era uno de los beneficios de llevar una vida de serenidad: la eterna juventud.

Le devolví la sonrisa y me senté junto a Paco.

—¿Es usted española? —preguntó, mirándome.

De inmediato percibí el acento madrileño. Hacía cinco años que no me encontraba con una compatriota.

—Sí —respondí—. Andaluza.

—¡Oh! ¡Qué tierra tan maravillosa! La visité cuando era una cría. ¿De qué parte?

—Sevilla. —Sin querer, la voz se me quebró. Era muy improbable que pudiera regresar algún día a mi ciudad natal. —¿Y usted?

—De Madrid —dijo—. Soy sor Alba Luz.

—Yo me llamo Purificación. Puri —añadí—. Y este es Paco.

Mi ayudante le tendió la mano, pero enseguida cambió de opinión y se la llevó bajo el muslo. ¿Cómo se saludaba a una monja?

—He visitado Madrid en dos ocasiones —dije.

—¿De vacaciones?

—No. Para renovar la patente de mi abuela.

—¿Una patente? Qué interesante.

—Sí. Era inventora.

Paco se volvió hacia mí. Nunca le había contado aquella historia. A decir verdad, no hablábamos mucho, nos entendíamos de

manera tácita. Él solía intuir lo que yo quería y, simplemente, lo hacía.

Un silbido prolongado indicó que el tren abandonaba la estación.

—¿Y qué inventó? —preguntó la monja.

Yo erguí la espalda, henchida de orgullo familiar.

—Una tostadora de granos de café y cacao.

—¡Eso es extraordinario! —celebró ella con un aplauso.

El tren se puso en movimiento y yo me agarré con fuerza al reposabrazos.

—El único problema fue que la patente expiró después de cinco años porque no disponía de toda la documentación requerida —la cédula—, pero nunca llegó a obtenerla. Intenté hacerlo después de su fallecimiento, pero fue inútil.

—¡Qué mala suerte! —opinó—. Por lo que cuenta, debió de ser una mujer extraordinaria.

—No le quepa duda —apostillé.

—¿Sabía usted que hay una fábrica de chocolate en Medellín?

—Ah, ¿sí? —Aquello me sorprendió. Yo había sido una pionera en Vines al abrir la primera tienda de chocolate de la zona.

—Sí. El año pasado pasé una temporada en Medellín —relató la monja—. Con las siervas de Jesús, una congregación con la que estamos hermanadas.

Paco bostezó. ¡Cómo no! ¿Qué interés podía tener un joven de veintiún años en fábricas de chocolate o en monjas?

—¿Son ustedes familia? —preguntó sor Alba Luz.

—No. —En ese momento le di unas palmaditas a Paco en la rodilla—. Paco es mi ángel de la guardia.

Él negó con la cabeza.

—Más bien al contrario. Ella me dio trabajo cuando más lo necesitaba.

—¿En España? —inquirió la religiosa.

—No —respondí yo—. En Ecuador. Es allí donde vivimos. Y donde tengo una tienda de chocolate.

—Fascinante —dijo ella.

Paco y yo nos habíamos conocido en 1920, cuando pisé por primera vez Ecuador para hacerme cargo de la herencia de mi

padre. Por aquel entonces él todavía no había cumplido los veinte años. Tenía una balsa con la que transportaba gente de un río a otro, en la mayor parte de los casos hasta las diferentes plantaciones de la zona. Cuando la industria del cacao quebró, su trabajo se volvió tan escaso que lo contraté para que me ayudara con la flamante chocolatería que había abierto en Vinces y que estaba teniendo un gran éxito; eso es, hasta que Martín Sabater dejó de enviarme los granos de cacao.

El olor a carbón vegetal y a metal grasiento me estaba dando dolor de cabeza. Como si me hubiera leído la mente, Paco se puso de pie y cerró la ventanilla.

—¿Y qué le trae a usted por esta región? —pregunté a la monja.

—Mi congregación me ha enviado para que colabore con un nuevo hospital. Pertenezco a las siervas de María y vivo en Panamá.

—¿Es usted enfermera?

—No de manera oficial, pero se podría decir que sí. Nuestro carisma consiste en cuidar de los enfermos, de manera que recibimos cierta preparación en enfermería.

Paco suspiró, se recostó sobre el respaldo del asiento y estiró esas largas piernas que tenía hasta tocar la bolsa de viaje de la monja.

—¿Adónde se dirige exactamente? —le pregunté.

—Al nordeste de Cali, cerca de un pueblo llamado El Paraíso. Van a abrir un hospital en la zona. Me ofrecí voluntaria porque ya he trabajado antes en hospitales.

—¡Oh! Allí es adonde vamos nosotros, a algún lugar cerca de El Paraíso ¿no? —Me volví hacia Paco, que asintió con cara distraída y la mirada puesta en los pastos que se veían al otro lado de la ventanilla—. Estábamos intentando averiguar cómo llegar hasta allí desde la estación de ferrocarril.

—Tendrá que alquilar un carruaje en Cali. Es lo que voy a hacer yo.

Debido al ruido que hacían las vías, cada vez se me hacía más difícil oír la melodiosa voz de la monja. Fuera, los árboles, las colinas y el ganado pasaban ante nuestros ojos creando una imagen borrosa. Yo me así con fuerza a la correa de mi ridículo.

—Pueden venir conmigo, si quieren —dijo la religiosa.

—¡Me acaba de leer la mente! Estaba pensando en pedirselo, pero no quería molestarla.

La monja agitó la mano en el aire.

—¡Oh, no! No me molesta, ni mucho menos. No todos los días se encuentra una con una compatriota por estos lares —dijo apoyando la mano en su rígida cofia.

En ese momento me pregunté si no tendría calor vistiendo todas aquellas capas de tela.

—Y a usted, Puri, ¿qué la trae por aquí?

Paco se bajó el ala del sombrero de paja y cerró los ojos.

—Busco a un amigo de Ecuador —dijo—. Quizá lo conozca. Se llama Martín Sabater. Tiene una plantación de cacao en El Paraíso.

—¡Oh, no, cariño! Me temo que no conozco a nadie en la región. La reverenda madre es del Valle del Cauca y es ella la que me dijo exactamente cómo llegar hasta allí, pero es la primera vez que vengo al sur.

Seguidamente se abanicó. Tenía la mano rechoncha.

—Pero no creo que tenga ningún problema para encontrar a su amigo —dijo—. Por lo que tengo entendido, El Paraíso es un pueblo pequeño. Todo el mundo se conoce. Al menos, es lo que me dijo la reverenda madre.

—Eso espero —dije tocando la carta de Martín a través de mi bolsita de raso.

CAPÍTULO 3

Camila

Hacienda la Reina
7 de junio de 1925

Farid tenía la capacidad de sacarme de quicio más que ninguna otra persona en el mundo. Pero ¿quién se creía que era? ¿El Todopoderoso? Lo que estaba haciendo era inconcebible, propio de un tirano. Aunque, ¿cuándo, en toda su vida, se había preocupado de los deseos de alguien que no fuera él mismo? Estaba acostumbrado a salirse siempre con la suya.

Por debajo del escapulario, me clavé las uñas en las palmas de las manos hasta que me empezaron a doler. Algunas veces aquel gesto me dejaba profundas hendiduras y, cuando la provocación era especialmente alevosa, incluso podía llegar a sangrar. Pero era la única manera que tenía de liberar la rabia que me corría por las venas. Se esperaba de mí que fuera capaz de «controlar mis instintos» ante cualquier provocación, que fuera un modelo de perfección. Y no habría resultado muy apropiado que una monja la emprendiera a gritos con su hermano, el caritativo doctor Mansur, justo en el momento en que acababa de inaugurar el hospital que tanta falta hacía.

¿A quién le importaba si la propiedad pertenecía a Martín Sabater?

¿Qué más daba si los métodos de Farid para que la finca pasara a su nombre hubieran sido más que cuestionables? Todavía tenía que averiguar los detalles, pero no podía hacer demasiadas preguntas ni mostrar excesivo interés. Tenía que ceñirme a mi papel de enfermera jefe y cerrar la boca.

Vestido con un traje de color crema, Farid destacaba entre el pequeño grupo de personas reunidas alrededor del porche delantero de la hacienda. Mi hermano era mucho más alto que el colombiano medio, pero no se trataba solo de su estatura, ni de la amplitud del ala del sombrero panamá que lucía. Era un hombre imponente; tenía los hombros anchos y una mirada capaz de atravesarte el alma. Tenía una voz profunda y atronadora, y a menudo empleaba palabras grandilocuentes que había aprendido en los años en que había asistido a la universidad en Bogotá.

La mayoría de la gente del valle no entendía lo que decía, de manera que se limitaban a asentir con la cabeza con gesto de aprobación.

Era lo mismo que estaba haciendo en aquel preciso instante el padre Carlos Benigno. No importaba que fuera domingo, el día de la semana en que más trabajo tenía. Había encontrado tiempo para acudir desde el internado y bendecir el flamante hospital de Farid. El padre José María jamás habría estado de acuerdo.

—¡Oh, padre celestial, Dios todopoderoso! Humildemente te imploramos que bendigas y santifiques este hospital y las manos de aquellos llamados a sanar. —A continuación, el sacerdote se volvió hacia mi hermano—. Para esta gente, tú eres la encarnación de Cristo.

Farid se creció un poco más. Los curas de su antiguo colegio siempre lo habían idolatrado.

«¿Cómo es posible tener un hermano tan arrogante como este?».

Me clavé un poco más las uñas en las palmas de las manos.

¿Por qué siempre pensaba lo peor de él? La medicina era su vocación. Lo había sido desde que éramos niños, desde aquella noche infame en la que todo cambió para nosotros.

El sacerdote continuó bendiciendo a los enfermos, a las enfermeras y a otro doctor al que acababa de conocer. Entonces, el padre Carlos Benigno le dio gracias a Dios y a la comunidad por haber hecho posible todo aquello. El plan era proceder a la ceremonia de inauguración que se celebraría al aire libre y luego entrar

en la hacienda y bendecir cada una de las habitaciones con su hisopo y su botella de agua bendita.

El alcalde Guerrero permaneció de pie junto a mi hermano mientras cortaba la cinta roja que simbolizaba la inauguración del hospital.

Detrás de mí, el *flash* de la cámara de Lucas despidió un destello.

Enfadada, aparté la vista de mi hermano y la dirigí hacia la fachada de la hacienda. Eran las seis y media y el sol estaba a punto de ponerse. Una hilera de columnas de madera de estilo barroco sustentaba el pórtico, mientras que los muros estaban tapizados por frondosas enredaderas y buganvillas que conferían a la estructura de dos pisos la apariencia de un castillo encantado.

Era fácil entender por qué Martín se había enamorado de aquella propiedad.

En aquel momento le llegó el turno a mi hermano. Le correspondía pronunciar el discurso inaugural y agradecer a los dignatarios su asistencia. No podía soportar aquello ni un minuto más.

Mientras mi hermano se convertía en el centro de atención, algo habitual en él, me distancié discretamente del grupo y rodeé la hacienda en dirección a la parte trasera. Desde la distancia divisé el gallinero, las habitaciones de los criados y, un poco más allá, el establo. Una gota de agua me cayó en la punta de la nariz. ¿Estaba lloviendo? ¿En junio? Las nubes se estaban arremolinando en el cielo y el aire parecía cargado, algo anómalo para esa época del año. En aquella región las estaciones estaban claramente definidas. O llovía o hacía sol, no había término medio. Y aquella, desde luego, no era la temporada de lluvias.

Seguí caminando, pero algo me obligó a detenerme.

El crujido de unas hojas detrás de mí.

Me estaban siguiendo.

Me di media vuelta.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté—. ¿No se supone que tendrías que estar tomando fotos?

Lucas me dedicó una sonrisa tímida. Llevaba la cámara colgando del cuello y el trípode plegado en una de las manos.

—Ya tengo montones de fotos de Farid hablando. Y tampoco necesito escucharlo. —Se colocó de pie junto a mí—. Prefiero fotografiar el lugar. —Su mirada escudriñó la zona—. ¿Adónde ibas?

Tras vacilar unos segundos, señalé hacia los cacaotales.

—A dar un paseo. Me agobian las aglomeraciones.

Una cosa que había aprendido con las Siervas era a apreciar la soledad. Nunca había imaginado que lo haría, pero los años de silencio y oración habían despertado en mí una aversión hacia las masas.

—¿Y cómo vas a arreglártelas en el hospital cuando abra? —inquirió—. Por lo que sé, la gente lleva tiempo esperando la apertura.

Me encogí de hombros.

—Me las apañaré. Con los pacientes es diferente.

En realidad, mi problema es que odiaba los compromisos sociales. Todo el mundo se me quedaba mirando como si pensara: «¡Qué desperdicio! Es una pena que no encontrara marido y ‘tuviera’ que hacerse monja».

¡Si conocieran toda la historia!

Lucas pareció distraerse con otra cosa.

—¿Has visto eso? —dijo apuntando hacia el tejado inclinado de la hacienda.

Miré hacia donde me indicaba con el dedo y vi el plumaje azul verdoso de un pavo real que se encontraba sobre las tejas de terracota.

—¿No es precioso? —dijo, desdoblado el trípode.

El ave trepó hacia la parte superior del tejado, con el cuello de color cobalto estirado y las vistosas plumas turquesa abiertas en todo su esplendor.

Lucas miró a su alrededor con los ojos rebosantes de entusiasmo y divisó una escalera de madera que descansaba cerca del gallinero.

—¿Es la primera vez que ves un pavo real?

—A esa altura, sí.

Agarró la escalera y, sin apartar los ojos del ave, la arrastró hacia donde estaban las habitaciones de los criados. El edificio era una

pequeña versión de la hacienda, con las mismas paredes de adobe y suelos de baldosas, pero tenía un solo piso y un tejado plano que se extendía por encima del porche. Antes de que pudiera decir nada, Lucas apoyó la escalera contra la pared.

—Parece alterado, ¿no crees?

No esperó a que le diera una respuesta y yo tampoco me molesté en ofrecerle una.

—¡Qué extraño! —dijo en el mismo momento en que me golpeaba una fría ráfaga de viento. Cuando se encontraba a mitad de la escalera, se volvió hacia mí.

—¿Te importa pasarme el trípode?

Hice lo que me pedía. Cerca de allí, las gallinas empezaron a cloquear como si un lobo hubiera irrumpido en el gallinero.

—Se te va a mojar la cámara —le dije cuando las gotas de lluvia empezaron a multiplicarse; pero no me escuchaba. Estaba colocando a toda prisa el trípode en el borde del tejado y apuntando al edificio de enfrente. Se inclinó tras la cámara.

—Divino —dijo tomando una instantánea tras otra.

—Deberíamos ir adentro —sugerí tapándome los ojos con la mano para protegerlos de la lluvia.

—Solo una más —añadió él.

Apoyé la mano en la escalera. Me dio la sensación de que se estuviera moviendo. La miré.

Efectivamente, se estaba moviendo.

Pero ¿cómo?

El suelo bajo mis pies comenzó a temblar. Un rugido, como la nota prolongada de un contrabajo, retumbó por todo el patio. El edificio se balanceaba como una hamaca. Siguió una inconfundible sacudida y todas las ventanas vibraron a modo de protesta, como si alguien hubiera agarrado el globo terráqueo y estuviera agitándolo como una maraca.

Di un paso atrás, pero la losa que estaba bajo mis pies también se estaba moviendo.

—¿Lucas?

Su respuesta llegó en forma de gruñido, seguido por un estruendo y un sonoro «jueputa».

El trípode se cayó al suelo y, tras él, Lucas.

Aterrizó sobre el costado derecho, pero, milagrosamente, seguía sosteniendo la cámara con la mano izquierda. Estaba intacta.

Me precipité hacia él caminando por el suelo inestable. No me pasó desapercibido que la hacienda y el gallinero también temblaban.

No muy lejos de allí, se oían numerosos gritos. Las más escandalosas eran las mujeres, pero también oí a mi hermano y al sacerdote pidiéndole a la multitud que mantuviera la calma al tiempo que alguien consideró necesario chillar «¡terremoto!», como si no nos hubiéramos dado cuenta de que estábamos en mitad de un seísmo.

Los caballos relinchaban desde el establo y los gallos, que no estaban dispuestos a quedarse atrás, se pusieron a cacarear al unísono. La incesante lluvia no hizo otra cosa que contribuir al caos generalizado.

—¿Cómo te encuentras? —grité tendiéndole la mano a Lucas.

A pesar de la copiosa lluvia y del inminente anochecer, pude ver que estaba intentando incorporarse, pero que no lograba separarse del suelo.

Intentó agarrarme de la mano. Primero con la derecha, pero, al ver que no lo conseguía, probó con la izquierda. Entonces, utilizando mi brazo a modo palanca, se sentó y, finalmente, se puso en pie.

—¡Carajo! ¡El tobillo!

Otro estruendo por encima de nuestras cabezas hizo que me sobresaltara.

Lucas me propinó un empujón para alejarme del edificio justo un segundo antes de que la cornisa que estaba sobre nosotros se desprendiera. Observé el edificio aterrorizada. ¿Se derrumbaría toda la estructura?

—¡Mila! ¡Mila! —Farid me estaba llamando, utilizando el apelativo cariñoso que usaba para dirigirse a mí desde que éramos niños, cuando no era capaz de pronunciar mi nombre completo.

—¡Estamos aquí! —grité.

—Tenemos que dirigirnos a campo abierto. Allí estaremos a salvo —dijo Farid. Entonces se volvió hacia Lucas, que tenía el rostro contraído por el dolor. —¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió este—. Vamos.

El ominoso quejido que provenía de las profundidades de la tierra continuó.

—¡Pero podría haber gente dentro de los edificios! —dije.

—¡Aquí no hay nadie! —dijo Farid—. ¡Venga!

Mi hermano me agarró del brazo y me guio hacia donde estaban los demás. Los conductores de los carruajes estaban haciendo todo lo que podían por tranquilizar a los caballos y las mulas, que se encabritaban y relinchaban, mientras los invitados más impacientes y los futuros empleados del hospital intentaban subir a los carros y a los landós. Otros, menos valerosos, se tiraban al suelo —con los brazos en cruz— pidiendo a Dios que les perdonara sus pecados y prometiendo que, si sobrevivían al cataclismo, no volverían a caer.

Como si todavía fuera una niña pequeña, Farid me aupó sobre el escalón de su landó y me empujó para que subiera. Al parecer, el caballo conocía lo suficiente a mi hermano como para no desobedecerle y era el único animal de todos los que pude divisar que mostraba cierta contención. Lucas se subió al carruaje detrás de mí con gesto afligido.

Volví la vista hacia la hacienda con un nudo en la garganta.

Tiempo después, mi hermano diría que la angustiosa experiencia apenas había durado un minuto.